

MARÍA, MADRE DEL SÍ

Colección “Meditaciones”

BENEDICTO XVI

MARÍA, MADRE DEL SÍ

Pensamientos marianos

Presentación del Card. Angelo Comastri

Prólogo de Mons. Monteiro de Castro,
nuncio apostólico en España



Ciudad Nueva

Título original:
Pensieri mariani e Maria, Madre del sì
© 2007, 2008, Libreria Editrice Vaticana

Imagen de cubierta:
Anunciación, de Pietro Cavallini
Santa Maria in Trastevere - Roma (Italia)
© Foto Scala, Florencia

Diseño de cubierta y maquetación:
Antonio Santos

Selección de textos: *Lucio Coco*
© de la traducción: Libreria Editrice Vaticana
© 2009, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-164-1
Depósito Legal: M-

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Siguiendo a María
podemos captar con el corazón
lo que los ojos y la mente
no son capaces por sí solos de percibir
ni pueden contener.

Benedicto XVI

Presentación

Al introducir el relato de las bodas de Caná, el evangelista Juan refiere: «Se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos» (Jn 2, 1-2).

¡María estaba presente junto a Jesús!

Y estaba presente con su sensibilidad materna, capaz de entender el apuro de los novios y de traducirlo en oración valerosa.

El evangelista Juan, como conclusión del relato, observa: «Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos» (Jn 2, 11).

María –¡qué hermoso es este detalle!– hace saltar la primera chispa de fe en el corazón de los discípulos.

¿No es legítimo pensar que, en el momento de la pasión, los apóstoles acudiesen a María para buscar en sus ojos una luz de esperanza y un destello de resurrección?

¿No es legítimo pensar que María, en un atardecer, les haya confiado a los apóstoles la emoción de la Anunciación y la alegría que experimentó después de dar su «sí»?

Al Santo Padre Benedicto XVI le gusta llamar a María *la mujer del sí*, y escribe: «Meditar en la Inmaculada Con-

cepción de María es, por consiguiente, dejarse atraer por el “sí” que la unió admirablemente a la misión de Cristo, Redentor de la humanidad». Y añade: «Fijad la mirada en la Virgen María y aprended de su “sí” a pronunciar también vosotros vuestro “sí” a la llamada divina».

Estas páginas recogen muchas teselas espléndidas del maravilloso mosaico de la devoción mariana de Benedicto XVI. Deseo que muchos lectores se acerquen a esta selección de pensamientos, frescos como un prado primaveral, a fin de que puedan tomar una flor cada vez y aspirar su delicado aroma.

Ciertamente sacarán consuelo y ánimo en su camino.



ANGELO CARD. COMASTRI
Vicario General de Su Santidad
para la Ciudad del Vaticano

Prólogo

La presencia y lugar de María es connatural a la vida cristiana. Ella dio cuerpo al Verbo eterno, que es nuestra cabeza (*Col* 1, 18) y el «primogénito entre muchos hermanos» (*Rm* 8, 29). En el misterio de esa unión mística y real de todos los creyentes con Cristo, por Él y en Él, la Iglesia, haciendo una lectura desde la plenitud de la revelación, descubre en María el sentido pleno de las palabras del salmista dirigidas a Jerusalén, lugar de la morada divina: «Uno por uno, todos han nacido en Ella, el Altísimo en persona la ha fundado» (*Sal* 86). Por eso Benedicto XVI, lo mismo que su predecesor el siervo de Dios Juan Pablo II, dirá que la unión con María es un «vínculo que en todos nosotros tiene naturalmente una fuerte resonancia afectiva pero que, ante todo, tiene un valor objetivo».

Esta verdad la plasman todos los pueblos y la descubren sus gentes, generación tras generación, a través de los medios con los que la han sabido expresar. De muy niño el Santo Padre Benedicto XVI se encontró con esta realidad en el nombrado santuario de la Virgen de la Gracia, expresión y baluarte de la fe cristiana en Baviera: «He tenido la suerte de haber nacido en las cercanías de Altötting. De manera que las peregrinaciones con mi familia parten de los recuerdos más hermosos de mi infancia. Naturalmente, el sitio más interesante para

mí era la capilla de la Gracia, con su oscuridad misteriosa, con la Santísima Virgen Negra y su precioso manto». Allí –escribe el Papa– «percibía un lenguaje capaz no simplemente de atacar mis debilidades, sino también, si así podemos decirlo, de tonificarme».

Mucho después, el Papa nos ofrece estas pautas sobre María que pueden apreciarse a simple vista en su luminosísimo Magisterio:

– María ofrece al hombre, herido por el pecado original, un permanente mensaje: el hombre es pequeño, sólo Dios lo ennoblece. Independiente de Dios, el hombre queda encerrado en su propia contingencia y finitud, atrapado en los límites de su razón y del antojo de su egoísmo. Dando incondicionalmente su «espacio vital» a Dios, María enseña a un mundo celoso de su libertad «que Dios no oprime nuestra vida, sino que la eleva y la hace grande». Ella ejerce su libertad obedeciendo: ahí reside su grandeza. No se pone en el centro, sino que sale de sí hacia Dios en la oración y hacia los demás en el servicio al prójimo; «sólo entonces el mundo se hace bueno», porque «le deja lugar a Él para que esté más presente en el mundo».

– A María le fue concedida la gracia de abrir al mundo las puertas de su salvación y de representar al hombre, cima de la creación destinada a decir Sí a la alianza con el Dios amor. Es el amor que Dios tuvo hacia Ella el que implica la gracia de su colaboración activa en la obra de nuestra salvación, pues necesita «su libre consentimiento, su respuesta personal y original».

– Penetrada de la luz del Verbo eterno que pide su carne, María irradiaba amor y bondad. Su mente y su corazón estaban empapados de la Palabra, por eso María *hablaba*